

Del pecado a la justicia

Morris Womack



«Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley. Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de

Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios» (1ª Juan 3:4—10).

Un problema importante que se trata en la primera epístola de Juan es el pecado. Ciertos falsos maestros estaban apareciendo entre los cristianos y estaban llevándolos al error al decirles que podían vivir de cualquier manera que desearan, puesto que era imposible pecar en la carne. Juan arremete contra este problema.

En 1ª Juan 3:4—10, él analiza el problema. Esta es una de las aseveraciones más fuertes que hace Juan y que nos provee de un gran entendimiento de lo que sucede cuando dejamos la maldad y nos volvemos a la justicia.

En el contexto inmediato de esta lección, Juan ha expresado el asombro que le causan el gran amor y la gracia de Dios. Juan, en su evangelio y en esta epístola, presenta tres grandes manifestaciones de la gracia de Dios. En primer lugar, Este envió a Su Hijo a la tierra por causa de la humanidad pecadora. «... De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo...» (Juan 3:16). En segundo lugar, nos ha prodigado Su amor y nos hizo Sus hijos. Y en tercer lugar, nos ha dado vida eterna. Tenemos la vida eterna aquí y ahora. Por supuesto, el gozo completo de esta no puede apreciarse mientras tengamos todas las penas y males carnales y mundanos a los cuales hacer frente. Juan es bastante explícito al declarar la naturaleza real y actual de la vida eterna. (Vea 1ª Juan 5:11—13.)

No hay absolutamente nada que podamos hacer para merecer la gracia de nuestro Dios. La palabra «gracia» (charis) significa literalmente el favor inmerecido

de Dios. Aún después de que hayamos realizado nuestro mejor esfuerzo, seguimos siendo inútiles (Lucas 17.10).

Juan alcanza el punto culminante de su argumento en este texto. Puede que esté atacando a los gnósticos, quienes probablemente enseñaban que podemos vivir por encima del pecado. Primero les respondió en 1ª Juan 1:9—10, pero ahora va a la raíz del argumento. Parece que había cierto número de diferentes sectas heréticas entre los gnósticos. Los nicolaítas, por ejemplo, parecían haber estado enseñando el amor libre, que permitía a los cristianos vivir como desearan. Juan se refiere a ellos cuando se dirige a las iglesias de Asia en Apocalipsis. Ahora, no solo ataca esa idea, sino también, la influencia del diablo que es el que promueve el pecado. Los gnósticos no le habrían dado un gran énfasis al diablo, puesto que creían en el aspecto dualista de la deidad. Creían que el Dios del Antiguo Testamento era el Creador y que Este había creado la materia, de donde provenía el mal. El Dios del Nuevo Testamento era el Padre de Jesucristo y era el Padre de todo lo que es correcto y bueno.

En el argumento para la existencia del pecado, Juan presenta cuatro aspectos del pecado. En estos cuatro argumentos, realiza su principal ataque al gnosticismo. Los cuatro aspectos del pecado son, a saber: la realidad del pecado, la naturaleza del pecado, el origen del pecado y el remedio para el pecado.

LA REALIDAD DEL PECADO

Parecía haber dos actitudes diferentes hacia el pecado entre los gnósticos de los días de Juan. En primer lugar, estaban los que creían que la sola posesión de gnosis (o conocimiento) les daba una medida especial de la gracia de Dios. Esta medida especial de conocimiento los hacía perfectos, y ellos eran hechos perfectos o ciegos al pecado. De allí que no eran capaces de pecar. Es a estos a quienes parece que Juan está dirigiendo su ataque. (Vea 1:8—10; 3:4—10.) La otra actitud hacia el pecado era que, en vista de que habían sido iluminados, el pecado en realidad no importaba. No podía perjudicar a los que habían sido iluminados. Por lo tanto, estas personas eran indiferentes al pecado. Puede que los nicolaítas tuvieran esta postura.

Juan destroza ambas conclusiones. Declara que el pecado es universal. «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (1:8). Una vez más, dice: «Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros» (1:10).

No es necesario ser un Salomón para saber que el pecado existe. Todo lo que se necesita hacer es observar las consecuencias del pecado. Si usted cuestiona que existe, dé un paseo de noche por cualquier calle del centro. Observe a los que están influenciados por el pecado. Oír cientos de ranas que croan es prueba de que ellas existen. No es necesario verlas ni experimentarlas realmente. Del mismo modo, uno se puede convencer de que el pecado existe con solo ver sus consecuencias. Todo el dolor del mundo; el terrible sufrimiento, toda la infelicidad y toda la maldad son suficientes para convencer a quien sea de la realidad del

pecado. El texto de esta lección es testimonio de la realidad del pecado. Juan advierte a esos cristianos, diciendo: nadie os engañe; [...] El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio» (3:7—8). El cristiano debe estar constantemente en guardia, porque el diablo está buscando constantemente a quién devorar.

LA NATURALEZA DEL PECADO

La mayoría de la gente no entiende realmente el pecado. Si nos diéramos cuenta de su terrible naturaleza, todos lo evitaríamos como hacemos con una plaga. Hay muchas formas como se puede tratar de explicarlo. Algunos tratan de hacer caso omiso de él, los teólogos a menudo se extravían en sus intentos por definirlo; y la mayoría de nosotros perdemos de vista su verdadera repugnancia.

Varias referencias bíblicas lo explican. Pablo dice que implica violentar nuestra conciencia (Romanos 14:23). Santiago dice que «saber hacer lo bueno y no hacerlo es pecado». (Vea Santiago 4:17.) Juan dice que «toda injusticia es pecado» (5:17), y el pecado es «... infracción de la ley» (3:4c). La palabra se traduce a partir de hamartia, la cual significa «errar el blanco».

¿Qué significa el pecado para usted? Tal vez sean placeres que se han convertido en problemas; o puede que el pecado sea libertad que se ha convertido en esclavitud. Una vez más, puede que el pecado sea estar «viviendo a lo grande», y luego tener deseos de poder dejar atrás cierta reputación adquirida. Puede que el pecado sea «echarse una canita al aire» y luego desear que las consecuencias no signifiquen llenarse de más canas. Para algunos el pecado es bordear el límite de la ley, y hacer que el filo de este les haga una herida, o seguir a las multitudes antes de saber a dónde se dirigen. Para el hijo pródigo, fue dejar su hogar y a Dios por un tiempo, para luego descubrir que no podía encontrar inmediatamente el camino a casa.

Juan es escueto y directo. Dice que el pecado no es una simple debilidad de la personalidad. Es desorden. Es rechazo de la ley, es vivir en contra de ella. Es un terrible problema. No lo minimiza.

EL ORIGEN DEL PECADO

Juan nos dice que el diablo es el padre del pecado y que ha pecado desde el principio (3:8—10). Existen tres esferas de la actividad de Satanás: En primer lugar, él mismo peca (3:8) y tienta a los demás a pecar (Mateo 6:13). En segundo lugar, es homicida y destructor (Juan 8:40—41; Apocalipsis 9.11). En tercer lugar, es mentiroso y padre de mentira (Juan 8:44).

Juan expone a Satanás en este libro por lo que en realidad es. Es un impostor y un destructor. Es oportuno que analicemos tres formas como Jesús y el diablo pueden ser comparados. En primer lugar, Satanás destruye, mientras que Jesús es nuestro Salvador. En segundo lugar, Satanás trajo la muerte al mundo; Jesús nos trae vida. En tercer lugar, Satanás seduce, pero Jesús produce vida.

Juan es explícito al informarles a esos cristianos que deben evitar a todo costo a Satanás, el diablo. Los gnósticos estaban desviando a los cristianos y necesitaban ser expuestos.

EL REMEDIO PARA EL PECADO

Hace varios años, a la renombrada autora de himnos Fannie J. Crosby se le citó diciendo: «Uno no tiene que decirle a una persona que es pecador; ya lo sabe. Lo que uno necesita decirle es que hay una salida». ¡Qué gran esperanza! Hay una salida.

Con toda la tristeza que implica, la muerte de Jesús fue necesaria. A lo largo de los tratos de Dios con el hombre, ha habido necesidad de sacrificio. Jesús hizo el sacrificio supremo. Era preciso un precio para la terrible pecaminosidad del hombre; Jesús pagó ese precio. En le Corintios 6:19—20, Pablo afirma ese precio de compra que Jesús pagó.

Es debido a este remedio para el pecado que Juan pudo exclamar que los hijos de Dios no continúan en pecado. Son libres de pecado, y por medio de la cruz, tenemos entrada al Padre que vive. Observe que Juan habla de nuestro no pecar en tiempo presente, pues dice: «Todo aquel que permanece en él, no peca» (1era Juan 3:6). Una vez más, dice: «Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado» (3:9). Juan no está afirmando que del todo no pecaremos; él se está refiriendo a llevar una vida de pecado. Continuaremos cometiendo errores, sin embargo, somos libres del pecado por medio de la cruz.

CONCLUSIÓN

Cuando nacemos de Dios, nos hacemos hijos de Dios. Cuando somos hijos de Dios, poseemos una fortaleza renovada: esa fortaleza nos permite escapar de las garras del pecado para siempre. Permítale al nuevo nacimiento tomar control de su vida. El nuevo nacimiento, según William Tyndale, consiste en «una transformación interna profunda y radical». Cuando somos transformados, somos conformados a la vida de Jesús, el hijo de Dios.

www.henrycis.com cisnerosme@yahoo.com.mx